

EL SENTIDO METAFISICO EN LA FILOSOFIA DE LEIBNIZ

A la memoria de mi profesor de filosofía
Juan Francisco Sánchez

Iván ALFONSECA



EL pensamiento filosófico de Leibniz se halla a través de numerosos trabajos (cartas, escritos) y en algunas de sus obras: “Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano”, “Teodicea”, “Monadología”, en los cuales fija el conjunto de sus ideas desde cuatro puntos de vista.

Godofredo Guillermo Leibniz nació en Leipzig el año 1646 y murió en Hannover en 1716. Es el más característico de los filósofos racionalistas modernos. Su nombre se destaca como metafísico dentro de la dirección epistemológica que ve en la razón la fuente principal del conocimiento humano. Leibniz estaba firmemente convencido de que el hombre sólo es capaz de despejar las sombras que lo rodean, cuando se vale del instrumento racional con que cuenta.

I. VERDADES DE RAZON Y VERDADES DE HECHO

Desde muy temprano Leibniz formula sus especulaciones filosóficas en consonancia con la ideología imperante en el continente europeo, sin que por ello asuma una actitud opuesta

frente al pensamiento filosófico británico de Locke, Berkeley y Hume, sino más bien conciliadora, porque para él, el conocimiento humano—concreción de empirismo y racionalismo— se compone de dos tipos de verdades, o sea, verdades de hecho (*verités de fait*) y verdades de razón (*verités de raison*). Estas verdades de razón están por encima de las verdades de hecho, puesto que al final de todo ideal de conocimiento la verdad de hecho tiende a convertirse en verdad de razón, se hace modelo de la verdad de hecho para que ésta ascienda a tal categoría.

La verdad de razón, según Leibniz, es aquella que al enunciar algo se inserta en una forma que no puede ser de otro modo. Cuando decimos, verbigracia, el triángulo tiene tres lados, es imposible consignar que no los tenga. Este es un juicio lógicamente necesario y universal: un axioma matemático.

La verdad de hecho al afincarse en la experiencia nos dice algo que es de cierta manera; pero que puede ser de otra. Al declarar, por ejemplo, que el agua hierve a 100 grados, juzgamos que esto es así, aunque ineludiblemente no pueda ser de otra manera. Es concebible que el agua hierva a una temperatura inferior o superior. Esta verdad implica un ser o consistir que determina un valor contingente.

Pero si el conocimiento verdadero requiere el trasfondo de una necesidad indubitable, el conocimiento suministrado por la experiencia, de suyo eventual, no está exento asimismo de cierta condicionalidad. Todas las verdades se sustentan en un principio de razón suficiente. Es que “una verdad de hecho está fundada, en tanto en cuanto podemos buscar y dar razón de por qué es así”.

“De modo que si consideramos —como dice García Morente— que cada una de las verdades, de hecho está fundada en un principio de razón suficiente, y si prolongamos la serie de razones suficientes a cada una de las causas de las verdades de hecho lo suficientemente lejos, cada prolongación será un afianzamiento más de la objetividad de esas verdades de hecho”.

Por este camino quiere Leibniz, en su afán de idealizar el conocimiento dentro de un sustrato racionalista, demostrar que

si la facultad pensante es superior a nuestros afectos o voliciones, no es óbice para que ésta pueda llegar a una causa ajena al principio de razón suficiente. En una palabra: cualquier verdad deja de ser de hecho y se transforma en verdad de razón, siempre que las cosas en que se apoyen en razones suficientes “vayan deviniendo cada vez más a una razón necesaria...” Con estas reflexiones parece Leibniz apuntar su teoría acerca de la mónada.

II. TEORIA DE LAS MONADAS

Leibniz desarrolla una filosofía idealista en que, conforme a su criterio, el mundo corpóreo es la resultante de infinitas mónadas. Para Leibniz todos los seres están constituidos por mónadas, o sea, substancias simples espirituales componentes del universo. Toda mónada para Leibniz —dado su origen etimológico griego: *monas, ados*— es una unidad real e inextensa.

La mónada es la presencia psíquica que hace que las cosas sean lo que son. Es la substancia subyacente en cada cosa. Descartes había dicho (con relación a lo que es la substancia) que es “aquello que existe de tal modo que no necesita ninguna otra cosa para existir”. Así, la idea de substancia de mesa subsiste aunque a la mesa se le quiten todos los atributos o partes de que está hecha.

El concepto de substancia en la metafísica de Leibniz, debe entenderse como el desenvolvimiento de una pluralidad de mónadas. Porque la “mónada es primeramente substancia, es decir, realidad. Substancia como realidad, y no como contenido de pensamiento, como término puramente psicológico de nuestras vivencias, sino substancia como realidad en sí y por sí”.

Substancia en Leibniz, en consecuencia, contrariamente a Descartes, no es ser solamente extenso. Por eso la mónada no puede definirse por la extensión, porque la mónada es una especie de átomo espiritual privado de partes y, por lo tanto, indivisible. Como tal no es posible disgregarse, y “sólo llega a ser por creación (divina), y sólo deja de ser por aniquilamiento”.

Cualidad primaria de la mónada, es la de ser única. Las mónadas —como afirma el mismo Leibniz— “no tienen ventanas”. Nada hay que pueda desprenderse de una de ellas y pasar a otra. Todas las mónadas son diferentes entre sí, ya que en la naturaleza no existen dos seres perfectamente iguales. De las distintas manifestaciones de la mónada, es natural que se piense en su constitución genética. Su consistencia nos indica que cambia de un modo continuo; pero este cambio no es extrínseco a ella, sino que representa el despliegue de ciertas posibilidades internas consistentes en una fuerza o energía, o *conatus*, como se dice en latín.

No llama Leibniz fuerza monádica a la condición que tiene un cuerpo de poner a otro en movimiento, sino a la capacidad de obrar, a la capacidad de actuar. La mónada “es fuerza representativa o fuerza de representación” y en tal sentido responde a una actividad propia. Cada mónada refleja al universo desde su punto de vista al experimentar su estado de cambio, debido a esas peculiaridades de que está dotada.

Hay que recalcar que cuanto le acontece a la mónada brota de su propio ser. Caracteres de esta índole son sus percepciones y su apetición. Toda mónada percibe o tiene conocimiento del elemento material que desde ciertos aspectos la puede conformar y, en tal virtud, al mismo tiempo lo apetece, lo hace suyo. La percepción y la apetición, implican justamente la representación de lo múltiple en lo simple.

Las mónadas están sujetas a distintos grados de distinción y claridad. Dentro de una clasificación de las mónadas, atendiendo a sus representaciones que vayan desde las más oscuras a las más claras, en interpretación de Fischl, se pueden distinguir cuatro especies:

1. Mónadas durmientes (referidas a cosas inanimadas), que permanecen en estado constante de aturdimiento y no se levantan nunca por encima del umbral de la conciencia.

2. Almas que desarrollan representaciones y también imágenes de memoria (monádicas, como los animales).

3. Espíritus (mónadas) que a par de representaciones oscuras y confusas (tal el hombre), las producen también claras

y patentes, y se elevan ya a conciencia de sí mismas.

4. La mónada central (Dios), en que todas las representaciones son claras y evidentes, y que constituye la cúspide más alta en la jerarquía de las mónadas.

Precisa preguntar por la clase de funcionamiento que, en conjunto, asiste al “enjambre infinito de las mónadas”. Ellas no poseen ningún género de acción transitiva. La congruencia de su orden funcional se debe, según lo declara Leibniz, a una armonía preestablecida por Dios. Dios en sus designios ha querido que todas las mónadas, independientes y relacionadas entre sí, hayan sido creadas solas y reunidas a la vez. Sin duda que en muchos de los planteamientos metafísicos de Leibniz, se encuentran grandes resonancias de Aristóteles. Se sabe que Leibniz muy joven aún, intentó corregir el *Organon*.

III. EL MAL DEL MUNDO

Uno de los argumentos planteados por Leibniz es el que, volviendo a la temática de Dios, se refiere en su relación con el del mal del mundo. Se trata de saber por qué si Dios es justo, sabio y bueno permite tantos odios, guerras y enfermedades que perturban la existencia del hombre. Esto parece ser incompatible con la esencia de Dios.

Leibniz, sin embargo, se esfuerza en mostrar que este mundo es el más bueno de todos los que puedan pensarse como posibles, y que si en él existe el mal, éste está sujeto a la exigencia de su propia necesidad. Por de pronto Leibniz, entiende que no puede haber mundo sin mal.

La evidencia aquí es tajante. Este mal no es inherente a Dios sino que procede del mundo en virtud a su limitación y finitud. Dicho mal nace de la imposibilidad de que el mundo sea infinito como su creador. El mundo es material, “y la materia trae consigo la privación, el defecto”, o sea, el propio mal. El mal existe también porque es la propia condición del bien. El “mal tiene por sí un valor, como origen de bienes de un orden superior; es como la medida terapéutica adoptada por un médico en la que tenemos que ver su lado positivo, medio para

recuperar la salud, y no el aspecto negativo del dolor que pueda causar". El bien estriba en una cierta comparación respecto al mal: la adversidad da ocasión a que se persiga la fortaleza de ánimo; todo acto heroico implica una abnegación.

En opinión de Leibniz el mínimum del mal del mundo significa una "condición para el bien del conjunto". Es ostensible que los bienes superan con mucho los males de este mundo. Está plenamente equivocado quien le pone condición a la obra creada por Dios, la cual, por recta obligación, goza de sentido absoluto. En última instancia "visto en su totalidad, el mundo en que vivimos es el más ordenado y mejor". A este respecto la filosofía leibniziana se califica de optimista, por cuanto rebosa de benevolencia divina y es incompatible con la tendencia a ver lo malo en todo.

IV. EL PROBLEMA DE LA SUBSTANCIA EXTENSA Y PENSANTE

En la historia de la filosofía moderna ha sido tema de gran interés el centrado entre la relación que guardan el cuerpo y el alma. Para Leibniz, con su concepto monadológico de la substancia, le era fácil resolver este problema, aunque debía justificar, por otra parte, cómo era o en qué consistía la influencia del alma sobre el cuerpo y la influencia del cuerpo sobre el alma.

La primera hipótesis reconocida sobre este particular es la que corresponde a la dirección filosófica cartesiana, donde la separación de la materia pensante y la materia extensa, hace que se compare a ambas realidades con dos relojes cuyos mecanismos se influyen el uno al otro. El símil se desprende claramente por la razón de que "Descartes alojaba el alma dentro de la glándula pineal y concebía que todo movimiento de los nervios era como tirar del hilo de una campanilla: al tirar, mecánicamente se trasmite el movimiento por el hilo y al llegar a la glándula pineal, que en efecto tiene la forma de un badajo de campanilla, mecánicamente se mueve el alma y se entera".

Otra solución sobre este tópico es la del filósofo francés Malebranche, discípulo de Descartes. Según ésta, un hábil

relojero —Dios— pone constantemente de acuerdo los dos relojes, equivalentes a espíritu-cuerpo. Dios estaría al cuidado de ambos relojes a fin de mantenerlos en hora justa cuando cualquiera de estos se adelantase.

El filósofo holandés Spinoza, en cambio, “resolvería esta aparente contradicción del ser humano, en el que ejercen una mutua influencia la substancia extensa y las substancias pensantes, afirmando que ambas no son sino atributos de la única substancia real: Dios”. La hipótesis que responde a esta otra visión es la siguiente: No hay dos relojes sino uno con dos esferas y un solo mecanismo. De modo que cuando el mecanismo centralizador da la hora, es muy natural que ambos relojes (o ambas esferas) marchen correspondientemente.

Leibniz apela para la explicación de la perfecta correspondencia entre la substancia pensante y la extensa, al ejemplo de la sincronización de los dos relojes, construidos para que marchen de acuerdo sin que se influyan mutuamente y sin tocarse. Su construcción se debe a Dios, relojero magnífico y perfecto. Por eso, su sistema guarda una armonía donde no hay posibilidad de fallo. En síntesis estos relojes están hechos con el rigor funcional de una ley, que de acuerdo al filósofo alemán, se originó por mediación divina “en la eternidad y antes de que se realizara dicho acto”.

V. UNA MIRADA HACIA EL PASADO

Las doctrinas metafísicas del idealismo del siglo XVII, informan cómo una serie de pensadores caracterizan una época, y cómo la elaboración de sus ideas están sustancialmente presentes en muchos filósofos contemporáneos; pero también es evidente cómo la orientación ideológica de esta filosofía, se muestra virtualmente opuesta al pensamiento filosófico de nuestros tiempos.

Ambas características proyectan sus luces a fin de que no se trate este punto de un modo radical. Sin duda que en la etapa histórica en que se desenvuelve Leibniz, predomina el concepto filosófico de la especulación de puras abstracciones; sin

embargo, ello no implica que se desdeñe lo que en su momento tuvo valoración de vital trascendencia.

“Si entonces el hombre —señala Oriol Fina— en contacto con la realidad cotidiana se veía empujado por el ambiente de las especulaciones abstractas, hoy, en que se considera cuanto no pueda traducirse en realidades de aplicación inmediata, sucede el fenómeno contrario. En la actualidad se levantan multitud de voces exigiendo que la filosofía pierda su carácter especulativo y teórico para convertirse en un compromiso personal”.

Los argumentos negativos de estas últimas reflexiones son patentes. El racionalismo (para citar específicamente esta doctrina filosófica), entra de lleno, aunque tal vez superado o preterido, en el potencial vigente de la cultura filosófica humana, que constituye a fin de cuentas en su forma total la realidad de lo concebible como verdadero.

BIBLIOGRAFIA:

Gigantes de la filosofía, por Oriol Fina Editorial Bruguera, S. A., Barcelona, España. (1973).

Manual de historia de la Filosofía, por Johann Fischl Editorial Herder, Barcelona, España. (1968).

Lecciones preliminares de filosofía, Manuel García Morente Editorial Epoca, México, D. F. (1968).

Diccionario de Filosofía, por Nicola Abbagnano Fondo de Cultura Económica, México, D. F. (1966).